

## ***Intransigencia en Europa: ¿británica o francesa?***

**Emiliano García Coso**, profesor «Jean Monnet» de Derecho de la U.E. Universidad Pontificia Comillas, ICADE (ABC, 21/06/05)

LA fracasada cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la UE ha dado lugar a los más oscuros augurios sobre la parálisis, crisis de liderazgo de la UE. Los euroescépticos deben de estar dando saltos de alegría al comprobar qué fácil es sumar miembros a sus filas tras el espectáculo tan insolidario al que hemos asistido. La lección de solidaridad y de esperanza para una Europa cohesionada vino, precisamente, de los nuevos socios del club europeo que, a pesar de ser los países más pobres y noveles en las artes del reparto de dividendos, han sabido estar a la altura del interés general frente al particular. Sin lugar a duda, toda una prueba de sentimiento europeo palpable y laudable.

Una valoración de los distintos argumentos planteados del porqué del fracaso exige un análisis que desentrañe a los verdaderos responsables de la caída libre de la UE. Los dos elementos prioritarios de discusión del eje europeo, ahora en fase de revisión técnica profunda, giran en torno al proceso de ratificación de la Constitución Europea y a la frustrada negociación del presupuesto comunitario para 2006-2013. En ambos, el peso de la responsabilidad parece decantarse de parte del Gobierno francés y no del Gobierno británico.

La solución de posponer o suspender los procesos de ratificación parlamentaria o por referéndum de la Constitución Europea por los doce Estados que quedaban pendientes (Dinamarca, Irlanda, Portugal, República Checa, Suecia, Finlandia, Estonia, Chipre, Luxemburgo, Malta, Polonia y Reino Unido) no es un acuerdo satisfactorio, sino un remedio temporal criticable. La crítica que se plantea es qué ocurre con los once Estados que ya lo han aprobado, representando alrededor de 220 millones de ciudadanos europeos. En una UE integrada políticamente sobre los pilares de una «democracia europea» efectiva, este bloque representaría una legitimidad sustancial para que su decisión fuera respetada o tenida más en cuenta. Una parte importante de la responsabilidad del freno constitucional europeo recae directamente en la incapacidad del Gobierno francés en explicar a sus conciudadanos la relevancia de la Constitución Europea para Francia y para el resto de Europa. Como Estado fundador de la UE, Francia ha fallado en su condición de locomotora de Europa, a pesar de haber contado con el referéndum español y la ratificación alemana como soportes previos. La «grandeur» de la Francia debe ser puesta en tela de juicio.

El rechazo francés exigía que en la cumbre de jefes de Estado y de Gobierno fuera Francia, acompañada por Holanda, quien ofreciera una solución para el resto de socios europeos. Sin embargo, no sólo no ha asumido su responsabilidad, ni ha ofrecido ninguna alternativa interna, sino que tras el fracaso de la cumbre, Francia aparece, junto a Alemania, como las únicas garantes de la construcción europea y el resto como meros valedores de una Europa de mercaderes. Esta situación demuestra que una vez más Chirac recurre a su instinto de supervivencia en la política.

En la falta de acuerdo para el marco presupuestario europeo la responsabilidad no se debe, tampoco, atribuir a Blair, ni los que le han seguido, incluida España, sino al propio Gobierno francés. Las razones esgrimidas por el primer ministro británico son de lo más coherentes y, además, refrendadas por el período de crecimiento económico y mejora del desempleo obtenido en el Reino Unido. El actual sistema presupuestario europeo no se sostiene más. Blair asume así el liderazgo de replantear una reforma en profundidad que lleve a Europa a los objetivos marcados en la Agenda de Lisboa, esto es, que

Europa se convierta en el 2010 en la economía más competitiva del mundo y generadora de empleo. El Gobierno británico, en contrapartida, estaba dispuesto a replantearse su «cheque» siempre y cuando se renegociara el sistema presupuestario. Esta oferta de pragmatismo británico fue rechazada de plano sin argumentos sólidos por Chirac. ¿Quién es pues el intransigente?

La clave no es el mantenimiento de los niveles de subvención de la política agrícola común. La clave del crecimiento europeo es la inversión en investigación, desarrollo e innovación. Que Blair apueste por estas partidas ayuda a toda Europa en dos vertientes. La primera, en incardinar a Europa en la globalización mediante el incremento de su competitividad económica y tecnológica frente a los procesos de deslocalización empresarial. Europa no puede competir en costes laborales pero sí en tecnología. La segunda, un replanteamiento del sistema de subvenciones agrícolas contribuiría al crecimiento y mejora de los países en vías de desarrollo, con economías basadas en la agricultura, que no pueden competir con las subvenciones europeas. Este replanteamiento de las subvenciones sería una muestra palpable de la lucha de Europa contra la pobreza en el tercer mundo.

En este contexto europeo, el Gobierno español debería replantearse una nueva estrategia menos vinculada al eje franco-alemán, cuya vida viene condicionada por las elecciones francesas en el 2007 y la posible derrota del canciller alemán en septiembre. Si España «ha subido a primera división» debe asumir su papel protagonista y buscar nuevas vías de activar la construcción europea. En esta línea, no se debería descartar una alianza entre Londres, Berlín (quizás tras las elecciones) y Madrid que ofrezca un nuevo impulso a la consolidación política y económica de Europa. Este cambio del papel secundario de España en Europa, también, debería traducirse en un mayor protagonismo de España en las decisiones europeas y otros foros internacionales económicos.

En todo caso, la búsqueda de un liderazgo europeo pasa por la creación de una alternativa sólida al eje franco-alemán que parece tener sus días contados. España puede y debe intentar asumir el compromiso de dar la cara en el frente abierto entorno al modelo de UE que todos queremos. Para ello, no se puede permitir mantener «perfiles bajos» en los momentos de negociación más relevantes, sino mostrarse abierto a asumir sus responsabilidades.